

PRESENTACIÓN

FRANCISCO JAVIER DOSIL MANCILLA

CARLOS OLIVIER TOLEDO



La historia de los saberes y prácticas *psi* suscita en nuestros días un sorprendente interés en los países de habla hispana y probablemente en todo el mundo; prueba de ello son los numerosos libros publicados en los últimos años, algunos de notable calidad y originalidad, y la presencia cada vez mayor de artículos y ponencias dedicadas a este tema en revistas y congresos de historia. Quizá no falte mucho para que estos estudios iguallen en número a los que se inscriben en las subdisciplinas clásicas de la historia, a juzgar por las tesis de licenciatura y posgrado que se están llevando a cabo en la actualidad; pero lo más interesante es que incluso las investigaciones históricas que no se centran específicamente en el campo *psi* (psicología, psiquiatría, psicoanálisis, etc.), cada vez más incorporan sus reflexiones o se apoyan parcialmente en sus procedimientos. Un estudio global sobre el totalitarismo, por poner un ejemplo poco rebuscado, se verá incompleto si no atiende la práctica del poder en los manicomios o la forma en que las ciencias *psi* ejercen por la vía clínica el control social.

Este pujante interés histórico por el campo *psi* se debe a una suma de circunstancias en más de un sentido interconectadas; lo complicado radica no tanto en identificarlas como en reconocer dicha interconexión, entender

la manera en que los ingredientes, puestos juntos y a fuego lento, interactúan entre sí. Podemos ahorrarnos el esfuerzo y, siguiendo la moda, llamar a todo este proceso posmodernidad, pero a los historiadores nos atraen los caminos largos y sobre todo la invectiva de Nietzsche, retomada con agudeza por Reinhart Koselleck, de que un concepto debe menos a su definición que a su historia. ¿Cuáles son esas razones que explican el actual entusiasmo histórico por lo *psi*? Algunas pueden verse como “internas”: la historia se expande por gracia natural hacia nuevos horizontes, penetrando en campos y recurriendo a documentos que en principio parecían ajenos a sus propósitos. Aquello que había quedado al margen –y nada parece más marginal que la locura– queda integrado en el discurso como el arcén de una carretera cuando esta se ensancha, y papeles amarilleados por el paso del tiempo que se daban por irrelevantes (recetas médicas, historiales clínicos, dibujos y cartas de los internados, etc.) de repente llaman la atención de los historiadores y se convierten en su nuevo combustible. Sabido es que la rogativa goethiana “luz, más luz” se transforma para el amante de Clío en “agenciamientos, más agenciamientos”.

Los historiadores actuales muy rara vez pueden gozar de la emoción de adentrarse en campos del todo vírgenes: los Alejandro Magno o los Almudsen, así sean de bata y archivo, son ya parte de nuestro pasado. Ahora bien, siguen existiendo paisajes históricos poco transitados, además de territorios encapsulados por el tiempo, menos faraónicos que las tumbas egipcias, pero igualmente atractivos para la imaginación. La historia nunca se acaba y prueba de ello es el campo *psi*, que se presenta ante nuestros ojos como una auténtica caja de sorpresas. Ánimo, pues, a los jóvenes investigadores que están interesados en su estudio: no se decepcionarán; hallarán en este dossier unas muestras (como los entrantes que ofrecen los restaurantes para abrir el apetito) que les servirán de incentivo y apoyo a sus propios trabajos. Pero si la historia no tiene fin no es porque siga habiendo parcelas del pasado inexploradas (aun los episodios históricos más trillados proyectan sombras), ni porque el presente vaya echando nueva leña al fuego a medida que se convierte en pretérito indefinido (*tempus fugit*), sino porque el aquí y el ahora (*hic et nunc!*) ofrece siempre unas coordenadas inéditas que determinan una mirada continuamente renovada de lo acontecido. En este sentido, vale observar que la historia dice por lo menos tanto de quienes

la escriben (de sus preocupaciones personales y de sus circunstancias socioculturales) como de las sociedades y los sujetos que quedan recogidos en su narrativa. La historia es nuestro espejo, a menudo se ha dicho, pero habrá que añadir que se parece más al retrato de Dorian Gray que a los *selfies* habituales: ofrece una imagen de lo que somos –de nuestras aspiraciones y nuestros fantasmas– sin retoques ni concesiones. Aclarado este punto ya podemos abordar la otra gran razón que, en nuestra opinión, explica el interés actual por historiar lo *psi*: es *nuestro* campo, abarca el territorio de lo subjetivo que conforma nuestra realidad (la de hoy), retraída hacia ese *black hole* que supuestamente anida en las entrañas, cuya fuerza implosiva produce tanta inquietud y extrañeza.

“No hay sujeto, sino subjetividades”, escribió en cierta ocasión el filósofo y psicoanalista Félix Guattari; es una máxima que bien podría ponerse en la entrada de las academias *psi* de nuestros días. Si la hubiesen leído ilustrados como Diderot, Voltaire o D’Alembert (¡incluso Kant!), la habrían rechazado por oscura y ñoña; habrían exigido más sustancia en la que hincar el diente, mayor descripción de un afuera sólido que pudiera ser pastoreado por la razón y trasladado al corral de la enciclopedia, porque sobre la subjetividad... decir mucho es como decir nada, la nada. Sus abuelos, paradójicamente, habrían sido más condescendientes, si bien entre sonrisas y muecas habrían tachado este término y puesto en su lugar “alma”. El alma se limpiaba en el confesionario, se recargaba con los misterios del rosario y se le orientaba en su rumbo hacia el Cielo; las subjetividades se reparan (¿se reparan?) en el tándem psiquiatra-farmacia o en el diván del psicoanalista, y dado que sólo hay una vida, se encarrilan para alcanzar en los pocos años que nos quedan al menos un pellizco de felicidad terrenal. Nos guste o no, nuestro mundo es *psi*: ¿todavía no has visitado al psicólogo o al psiquiatra (los hay *psimpáticos*, *psinvergüenzas* y hasta psicodélicos)? En el fondo da igual, pues son ellos los que saben llegar hasta ti, no porque toquen a tu puerta como los niños de la noche de *Halloween*, sino porque los llevamos dentro, son parte de nuestro imaginario sociocultural: lo *psi* prescribe nuestras necesidades y nos enseña a desear. Señalar a los psicólogos y psiquiatras como los únicos responsables viene siendo como echar la culpa a los mecánicos de la existencia de tantos coches.

Expusimos las dos razones generales que pueden explicar el auge de los estudios históricos que abordan el campo *psi*: la primera guarda relación con la tentativa de los historiadores de adentrarse en terrenos menos conocidos, y la segunda con el hecho de que lo *psi* define nuestro paradigma sociocultural. Como nos referimos con algún misterio a ciertas interconexiones entre ambas, parece aconsejable explicarlas un poco para no dejar al lector en ascuas; además tienen importancia para presentar este dossier, pues los diferentes artículos que lo conforman levantan las anclas para recorrer precisamente las aguas que conectan estas dos orillas. Tan pronto lo *psi* hibrida con la historia se producen chispas y cortocircuitos que, como en la máquina del doctor Frankenstein, nos advierten de que el experimento funcionó y que nos hallamos ante algo que no es simple suma, que tiene vida propia. El campo *psi* deja de ser ese valle verde en el que crecen las flores y pasta el ganado, es decir, un lugar *naturalizado*, surgido por generación espontánea y adaptado *ab initio* como un guante elástico a la experiencia humana. No decimos nada que no pueda encontrarse en los escritos de Michel Foucault, quien en su empeño por hacer genealogías evidenció lo *psi* como un crisol en el que se funden y se forjan formas de poder, con técnicas diversas que alcanzan su grado más sofisticado en las que se han llamado “sociedades del control” (o sea, las nuestras). En pocas palabras, la historia aporta al campo *psi* un enfoque crítico y herramientas para poder explorarlo: abre la caja negra de los discursos *psi* para conocer su maquinaria y evidenciar la manera en que condicionan las relaciones sociales, el lenguaje y en general nuestras vidas; lo mínimo que se puede concluir es que, como en la película de John Ford, el “verde valle” resultó ser un campo de batalla.

Los historiadores no son los únicos que ponen la lupa de la crítica sobre los saberes *psi*; en realidad, parece que estos traen su propio enjambre de avispas, pues lo raro es encontrar a un académico que, de palabra o sobre papel, no repruebe la actual potestad de lo *psi*: filósofos, sociólogos, antropólogos... incluso psicólogos y psiquiatras desencantados que muerden la mano que les da de comer. ¿Será que a lo *psi* le favorece la agitación, las sacudidas, la inquietud, como sucede con las arenas movedizas? Lo interesante de la crítica histórica es que, además de generar las condiciones de posibilidad de las otras críticas, reparte el peso hacia el pasado y estabiliza

el presente al articular una narrativa que incorpora el tiempo y la duración. Lo diremos de otro modo: sabemos que la historia sirve de catalejo para acercar los sucesos del pasado, pero a veces olvidamos que también vale para lo contrario: para alejar lo que tenemos ante nuestros ojos y que no podemos ver por un *exceso de aproximación*. ¿Y puede haber algo más próximo que lo subjetivo? Al producir esa distancia, es decir, al depositar en lo acontecido algo tan inherente al ser-que-habla como su respiración (“el temblor de lo humano”, lo denominó el historiador Marc Bloch), se hace posible desplegarlo para estudiarlo y a la par liberarlo de la inmediatez para articular narrativas con otros sucesos y procesos sociales.

No todo es ganancia en este modo de operar con la distancia focal (alejamiento, acercamiento, alejamiento, etc.). Nos explicamos: lo *psi* podrá ser interpelado por la historia en tanto conserve su negatividad, es decir, en tanto introduzca incertidumbre (un no-saber) en el discurso; de otro modo se convertiría en objeto, como sucedía a todo lo que tocaba el rey Midas. ¿Queremos oro o subjetividades, somos minerólogos o historiadores? Sobre esto han rumiado pensadores tan lúcidos como Jean-Luc Nancy, Martin Heidegger o Jacques Lacan, y sólo podemos añadir que esta negatividad que introduce lo *psi* plantea uno de los principales desafíos a los que se enfrenta la historia en nuestros días. El regalo troyano que nos ofrece el campo *psi* consiste en una narrativa aproximativa y agujereada que destierra a la historia del pensamiento fuerte. ¡Vaya regalo! Muchos sentirán nostalgia por esos tiempos en los que las subjetividades eran manipuladas como soldaditos de plomo y los procesos sociales eran asimilados como algoritmos. Les damos la razón en que el campo *psi* supone una pérdida (de certezas, de seguridad), incluso una derrota de la historia ante un pasado que ahora más que nunca se cuela entre los dedos; pero no podemos esperar que un presente líquido (o gaseoso) como el nuestro engendre recursivamente una interpretación sólida y mineral de lo acontecido. El temblor de lo humano al que se refería Bloch habrá de quedar registrado en la historia: tiembla lo que ésta cuenta y tiembla también la propia Clío en el acto de contarse. Quien lo necesite podrá hallar algún consuelo en estos versos de William Carlos Williams: “Ninguna derrota / es enteramente derrota: / el mundo que abre es siempre / un lugar antes insospechado”. Avancemos pues hacia lo insospechado.

Y parte de lo insospechado son los cuatro artículos que configuran este dossier. Al dedicar un monográfico a la historia del campo *psi*, la revista *Tzintzun* confirma su vocación de vanguardia y a la vez proporciona el sustrato que requieren estos estudios para dar nuevos saltos. Guiados por este deseo de abrir camino, aunque sea modestamente, optamos por trabajos que pueden servir de avanzadilla, es decir, que se salen de los territorios más familiares y por ende mejor explorados. Confesamos que nos produce cierto vértigo el haber escogido estos senderos secundarios y sobre todo el haber prescindido de *papers* que por su calidad habrían merecido el figurar en estas páginas. Para subsanar en parte estas omisiones (o mejor elipsis), pero también para dotar de raíces al dossier y para esbozar el panorama historiográfico en el que se inscribe, contamos con el primer artículo, que lleva por título “En torno a la historiografía psiquiátrica del siglo XXI. Balance y perspectivas”. Su autor no necesita ser presentado; a los neófitos bastará con decirles que Rafael Huertas, investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid), ha firmado los trabajos que en gran medida han marcado el rumbo de la historia de los saberes *psi* en España y América Latina. Su contribución a este monográfico constituye menos un inventario crítico, aunque puede servir como tal, que una apertura, un movimiento de desterritorialización y reterritorialización que va abriéndose paso por la frondosidad bibliográfica no tanto para certificar el presente como para alumbrar el futuro con la fuerza irradiadora del pasado. Valdría decir que su balance de la historia reciente de la psiquiatría no pretende acumular datos para formar rocas sedimentarias, sino que sopesa y puntúa nuestro legado para recargar baterías y hacer más ligero el equipaje.

Quien recorra a vuelo de pájaro la cartografía histórica de lo *psi* que compone esta primera aportación, podrá percibir una tendencia en las investigaciones a atender la cotidianidad y a cruzarse con los estudios sociales y culturales: ni las instituciones lo son todo ni los expertos-terapeutas tienen necesariamente la última palabra; hay también saberes y prácticas *psi* en la calle, en los pacientes y sus familiares, en la locura... La misma cartografía nos ofrece, ya a ras de tierra, algunas pistas para adentrarnos en esta “historia sancionada” (diría Gaston Bachelard) que merodean en torno a dos interrogantes decisivas: ¿cuáles son las fuentes documentales que pueden echar luz sobre la cara menos visible del campo *psi*? ¿cómo trabajar dichas

fuentes? Ambos registros, el aéreo y el terrestre –el narrativo y el metodológico–, son explorados en el segundo artículo del dossier, firmado por Carlos Olivier Toledo, investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México, y que lleva por título “Fabricas del alma: publicidad y campo *psi* en México (1876-1911)”. Constituye un original estudio sobre la eclosión de lo *psi* que tuvo lugar en el México porfirista; su autor demuestra que esta emergencia fue un auténtico terremoto que impactó en todas las facetas de la vida cotidiana. A la manera de Sherlock Holmes va siguiendo las huellas de este proceso sociocultural para dar con su epicentro: revisa la prensa, las tesis académicas y los libros de psicología; comparte pupitre con los jóvenes de antaño mediante una oportuna inmersión en los centros educativos y se cuela sin permiso de Dios en las comunidades religiosas de la época; finalmente, rastrea con su lupa de historiador el sinfín de anuncios de potingues y medicamentos que prometían con retórica científicista la salvación de la *psyché* o alma. “¡Modernidad, ven a mí!”, parecen reclamar los personajes de ese cambio de siglo descrito por Olivier, atrapados en un campo magnético de dimensión global que, a la par que implantaba el dominio de lo *psi*, preparaba un terreno para nosotros familiar en el cual el malestar existencial queda absorbido por la clínica y la mercadotecnia.

El tercer artículo del dossier engancha temporalmente con el anterior, si bien desplaza la mirada hacia el Cono Sur; está firmado por Fedra Freijo Becchero y Miguel Gallegos, investigadores de la Universidad de Buenos Aires (Argentina) y de la Universidad Católica del Maule (Chile), respectivamente, y su título explica bien el contenido: “El surgimiento de la psicoterapia en las historias clínicas del Instituto Frenopático de Buenos Aires (1919-1920)”. Los autores podrían haber escrito una historia convencional del Instituto Frenopático –centro vertebrador de la clínica psiquiátrica en Argentina durante su casi siglo y medio de existencia–, poniendo la atención, por ejemplo, en el funcionamiento institucional, la organización de los espacios o las aportaciones científicas; material no les faltaba, pero optaron por descorrer la cortina, es decir, por auscultar el “temblor de lo humano”, para lo cual aplicaron el análisis del discurso a esos papeles garabateados de manera casi espontánea por los médicos y conservados de milagro: las historias clínicas. Valiéndose de estos manuscritos, Freijo y Gallegos viajan cien años atrás en busca del término

“psicoterapia”, como indicador del tránsito hacia unas prácticas de lo *psi* modernas. Pero ojo, los autores no se limitan a examinar el léxico de los expedientes, como si buscaran oro en la mina y se olvidaran de todo lo demás; valdría decir que el término “psicoterapia” es un *macguffin* del que se sirven para rastrear el ejercicio de la psiquiatría en un período de cambio, apoyándose en documentos inéditos que tienen la vivacidad de un cuaderno de bitácora. En definitiva, logran poner de manifiesto una praxis clínica situada en sus circunstancias históricas, en la que alcanzan a escucharse tanto los testimonios de los profesionales como las voces sofocadas de los pacientes.

Los dos últimos trabajos identifican y analizan un período decisivo para el campo *psi* (pongamos principios del siglo XX) desde enfoques distintos si bien complementarios: mientras que Olivier toma nota como un *flâneur* de lo que está sucediendo en las calles, Freijo y Gallegos se cuelan sin ser vistos en un centro hospitalario en el preciso momento en que los médicos redactan a mano las historias clínicas de sus pacientes. Forman un bucle en el que se articulan y retroalimentan lo exterior y lo interior: el panorama sociocultural y la práctica psiquiátrica. El cuarto artículo transita por otra vereda no menos accidentada: la diáspora republicana derivada de la guerra civil en España. Lleva por título “La neuropsiquiatría española en el exilio: la polémica estancia de Gonzalo Rodríguez Lafora en México (1938-1947)” y está firmado por Francisco Javier Dosil Mancilla, investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México). Se centra en la figura de Gonzalo R. Lafora, un discípulo aventajado de Cajal y probablemente el neuropsiquiatra español más destacado del siglo XX. Durante su estancia en México como exiliado, se vio envuelto en múltiples polémicas que el autor aprovecha a manera de grietas para asomarse a las profundidades de la práctica psiquiátrica, con el propósito de analizarla tanto en su dimensión epistémica (producción y legitimación del saber científico) como prosopográfica (dinámica de las comunidades profesionales). El artículo ofrece una interpretación tensa del exilio que contrasta con la versión dulcificada que prevalece en la historiografía; pero también pone de manifiesto la generación de alianzas y embudos de intereses que, contra todo pronóstico, permitieron la creación

de nuevos espacios en los que se apostó por el trabajo interprofesional, por una tecnología de vanguardia y por la fusión de la clínica con la investigación.

Hasta aquí la presentación; sólo nos queda agradecer a la revista *Tzintzun* el que nos haya brindado este espacio y su generoso acompañamiento. El primer borrador del dossier se concluyó justo el día en que se cumplieron los 80 años del fallecimiento del historiador Marc Bloch, en circunstancias particularmente trágicas; por esta razón, pero también porque de un modo o de otro nos consideramos sus discípulos, quisiéramos dedicarle las páginas que siguen. Bloch supo sostener la historia en el ojo del huracán, no para para desviar la atención del presente sino para dar sustancia al *hic et nunc* y comprometerlo con el futuro; puso la palabra en el “temblor de lo humano” sin la pretensión de cosificarlo o anularlo. Lo que escribió al final de su vida creemos que vale para el campo *psi* y en cierto modo lo anuncia. Probablemente Clío no sea la *magistra vitae* que quería Cicerón, pero no deja de ser una compañía necesaria para leer la realidad, sobre todo si aceptamos que, como observó Foucault, “el sujeto hablante es el mismo que aquel del que se habla”.

